

Alfred Tennyson
ENID
Gustave Doré

se

La presente traducción de *Enid*, uno de *Los Idilios del Rey* de Tennyson, fue llevada a cabo por Lope Gisbert para la Revista europea y se publicó en tres entregas, en sus números 60, 64 y 69, entre abril y junio de 1875.

OceanofPDF.com



Alfred Tennyson

Enid

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Enid*
Alfred Tennyson, 1857
Traducción: Lope Gisbert
Ilustraciones: Gustave Doré
Diseño de cubierta y retoque de ilustraciones: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

El Príncipe de Dévon, tributario
Del Rey Artur, espléndido ornamento
De su corte, Gerant el valeroso,
Uno de los insignes caballeros
De la Tabla redonda, a la divina
Enid tomado por esposa había.
Y cual la luz del firmamento amamos,
Así la amaba él; y cual nos place
El ver cambiar la luz del firmamento,
Ya al sol que nace o muere; ya de noche
Con las estrellas y la blanca luna,
Así él gozaba, viendo a su querida
Enid, cambiar de galas y colores.
Y Enid por agradar a su gallardo
Gerant, que la encontró y la amó en adversa
Fortuna, siempre con primores nuevos
A sus amantes ojos parecía.
Y la Reina obligada a los leales
Servicios de Gerant, a Enid amaba
Y muchas veces con sus blancas manos
La adornaba y prendía, y de su corte
La llamaba la hermosa. Y a la Reina
También amaba Enid, en ella viendo
A la mujer más noble y más hermosa
Y mejor de la tierra. Y se alegraba
Gerant de aquella unión. Mas cuando el vago
Rumor se difundió de los culpables
Amores de la Reina y Lanzarote,

Él, aunque vago, le creyó: y temiendo
Que en su inocente esposa el mal ejemplo
De su amiga influyera, separarla
De ella pensó; y al Rey se fue y le dijo,
Que sus dominios por desgracia estaban
Lindando a una comarca que invadían
Bandidos y ladrones; que al Rey mismo
Convenía purgar de tan dañina
Peste su tierra y que él solicitaba
Permiso para hacerlo, yendo un tiempo
A vivir en sus Marcas.

Mal talante

Mostró el Rey al oírle; pero al cabo
Le concedió el permiso. Y cabalgando
El Príncipe y Enid, de cien jinetes
Acompañados, las desiertas playas
Pasaron de Severn y a sus dominios
Llegaron.

Allí el Príncipe, sabiendo

Que, si alguna mujer fiel a su esposo
En el mundo existía, era la suya,
Se consagró a adorarla y de su lado
No se apartaba nunca, y dio al olvido
Sus promesas al Rey y el ejercicio
Del torneo y la justa; y dio al olvido
Su halcón y su lebrel, y el necesario
Cuidado de sus pueblos, y aun la gloria
De su nombre olvidó. Y era penoso
Tanto olvido a su esposa. Y cuando el pueblo
Los veía pasar, en mofa y burla
Señalaban al Príncipe, diciendo
Que iba menguando su pujante hombría
En ocio indigno, por su amor extremo
A su hermosa mujer.

Con honda pena
Ella en los ojos lo leyó del pueblo,
Y lo oyó a la mujer que su tocado
Solía aderezar y como grata
Noticia lo contaba, de su esposo
Ponderando el cariño. Gran tristeza
Concibió Enid, y un día y otro día
Pensaba de ello hablar a su adorado
Gerant y nunca por respeto osaba.
Y él recelaba, viendo su tristeza,
Si algún contagio su inocente pecho
Del mal ejemplo padecido habría.

Al fin una mañana, despuntando
El sol de estío espléndido penetra
Por la abierta ventana, y con sus rayos
Hiere en el rostro al paladín dormido.
Él, sintiendo el calor, aparta un tanto
Las cubiertas del lecho, do yacía
Junto a su esposa, y a la vista deja
La robusta columna de su cuello
Y el macizo cuadrado del heroico
Torso, y los duros brazos, bajo cuya
Piel suave los músculos corrían
Anudados y recios.

Despertóse
Enid; al lado se sentó del lecho
Y admirando a su esposo, así pensaba:
—«¿Hubo jamás un hombre como el mio?».
Pero en esto del vulgo las hablillas
Y la censura del amor extremo
Que le tiene Gerant, cruzan su mente;
Y sobre él inclinándose, en sumisa
Voz a sí misma ansiosa se decía:

—«¡Oh noble pecho! ¡oh brazo omnipotente!
¿Soy yo la triste causa de que el mundo
Os censure diciendo que amenguada
Es vuestra fuerza?... ¡Si lo soy, no osando
Decirle lo que oigo, aunque me angustia
Verle languidecer al lado mío!...
Quisiera yo mejor su arnés vestirle
Y a su lado correr y en la batalla
Ver a este fuerte brazo recios golpes
Descargar en ruines y malvados...
Quisiera yo mejor, en la sombría
Tierra muerta yacer, y su armoniosa
Voz nunca más oír, y de esos brazos
Nunca más ser ceñida, y de la lumbre
Carecer de esos ojos..., que ser causa
A mi Señor de afrenta o de desdoro...
Y me siento valor para seguirle;
Y para verle en la batalla herido;
Y para ser herida al lado suyo...
Y no le tengo para hablarle nunca
De las burlas del vulgo que su fuerza
En culpable inacción juzga enervada...
¡Triste de mí que obrando de este modo
No soy esposa fiel!...».

Sin percibirlo

Alzó la voz al acabar, gimiendo
Y derramando lágrimas ardientes
Que en el desnudo pecho de su esposo
Cayeron, y él de pronto despertando,
Oyó tan sólo por desgracia aquella
Postrer exclamación y vio aquel llanto...
—«¡Conque a pesar de todos mis cuidados!

¡Pobre de mí... de todos mis cuidados!...
¡Ella no es fiel!..., pensaba...; ¡y este llanto
Es por algún doncel de esa maldita
Corte de mal ejemplo!...». Y aunque tanto
La adora y la respeta, e inocente
La cree de mala acción, siente que agudo
Dardo su pecho varonil traspasa;
Y siente aquella pena que en presencia
Del dulce rostro de adorada amante
Hace infeliz y desolado a un hombre.
Mas de repente, la profunda pena
Se trueca en ira; los fornidos miembros
Del lecho arroja; y sacudiendo rudo
Al dormido escudero, con voz ronca
—«¡Su palafrén y mi corcel!...» —le grita:
Y a ella le dice: —«¡A los desiertos vamos;
Y aunque parece que a mis años tengo
Por ganar mis espuelas, no he caído
Tan hondo aún como quisiera alguno!...
¡Y vos vestid otro peor vestido,
Y conmigo venid!...». —Ella aterrada:
—«¡Si Enid faltó, sepa su falta al menos!».
Le dice humilde, y él responde: —«Os cumple
Obedecer, no replicar».

Se acuerda
Ella entonces de cierto usado traje,
De un manto y velo usados, que de cedro
En olorosa caja y con silvestres
Flores en los dobleces, conservaba
Con placer reverente. De la caja
Los saca y se los pone, recordando
Que eran los que traía la primera
Vez que vio a su Gerant; y cómo al verse
Tan mal vestida se paró confusa:

Y como de ella él se prendó, y al punto
La pidió por su esposa y el empeño
Que hizo en llevarla con el mismo traje
Ante la Reina.

Porque el Rey Arturo,
En la anterior Pascua florida, había
Asentado su corte en las riberas
Del Usk, en Caerleon; y una mañana
Supo por un montero, que en la selva
De Din cercana, aparecido había
Hermoso ciervo, de estatura prócer,
Blanco como la leche; y al instante
Mandó sonar las trompas, anunciando
Para la aurora del siguiente día
La alegre caza; y de asistir a ella
Dio permiso a la Reina.

A las primeras
Luces del alba se marchó la corte;
Pero Ginebra se durmió, soñando
Dulce sueño en su amor; y ya bien tarde
Se despierta y levanta, y a caballo
Con una sola dama, cruza el vado
Del Usk y llega al bosque, y a la cumbre
Sube de un cerro; y al prestar oído
Para oír los lebreles, el galope
Oye cercano de un caballo, y era
El Príncipe Gerant, que, retrasado,
También llegaba, y sin vestir de caza,
Y sin más armas que un dorado estoque;
El cual, cruzando a la carrera el vado,
Chapoteaba el agua; y las vistosas
Puntas, ornadas de borlones de oro,

De la purpúrea banda que ceñía,
Revolaban tras él, al sol brillando
Su rico traje de crujiente seda.
El tributario Príncipe saluda
Con gran respeto, y ella le responde
Altiva y dulce, con suprema gracia
De Reina y de mujer: —«Tarde, le dice;
Aún más tarde que nos».

—«Sí, noble Reina,
El Príncipe contesta: a ver tan sólo
La caza vengo, y no a correr en ella».
—«Quedaos, pues, conmigo; de esta cumbre
El campo se registra, y la jauría
Pasará por su pie», dijo la Reina.
Y mientras prestan atención al vago
Rumor distante y distinguir pretenden
El sonoro ladrido de Gavalte,
Predilecto lebel del Rey Arturo,
Ven llegar paso a paso a un caballero
Y a su lado una dama y un enano
Algo detrás. Traía el caballero
Alzada la visera, y descubría
Joven rostro, de rasgos decididos
E imperioso ademán. No recordando
La Reina el rostro aquel de entre los nobles
De la corte de Artur, mandó a su dama
Que fuera a preguntar al viejo enano.
Y fue la dama; pero el mal engendro
Le contestó insolente, de su amo
La soberbia imitando, que ignoraba
El nombre de él; y al replicar la dama:
—«Yo lo sabré de él mismo». —«No, le grita;
No le sabrás; que ni de hablarle digna
Eres siquiera». —Y tal diciendo, cruje

El látigo y la hiere.

Ella indignada

Vuelve, y Gerant exclama: —«¡Por mi vida!
¡He de saber su nombre!». Y al enano
Llega; y el vil grosero, igual respuesta
Le da, y restalla el látigo, y al noble
Hiere en el rostro, y la lujosa banda
Salpica de su sangre.

La terrible

Mano, avezada a herir, corre al estoque
Y va a partir el corazón menguado
De aquel vil...: mas, de pronto, su grandeza
Propia le para, y a vergüenza tiene
Contra gusano tal enfurecerse;
Y le desprecia, y vuélvese, y sereno
Dice a la Reina: —«Este cobarde insulto
Hecho a vuestra persona en la persona
De vuestra dama, por mi nombre, os juro
Que he de vengar. Hasta su inmunda cueva
Seguiré a esa serpiente; y no os acucie
El verme desarmado: en cualquier parte
Armas he de encontrar, y a ese insolente
He de vencer y he de abatir su orgullo.
Y al tercer día tornaré, si vivo
Salgo de la contienda. ¡Adiós!».

La Reina:

—«Adiós, gallardo Príncipe, le dice
Afable y majestuosa: Dios bendiga
Vuestra jornada y os prospere en todo
Y os de suerte en amores y os conceda
Unir a vos a la que améis. Mas cuenta,
Que si a tanto llegáis, antes de uniros

Quiero yo ver a la dichosa novia;
Y bien sea una mendiga, bien la ilustre
Hija de un Rey, para sus bodas quiero
Yo con mis propias manos adornarla;
Ponerla hermosa como un sol»—.

Ya marcha

Gerant, pensando que a lo lejos oye
Ora bramar al ciervo, ora la sorda
Trompa que anima a la feroz jauría:
Y lastimado de perder la fiesta
Y con la pena del plebeyo insulto,
Sigue a los tres por cerros y por valles
Sin perderlos de vista, hasta que salen
Del bosque y suben despejada altura
Y pasan más allá. Gerant la sube
También, y ve al llegar la larga calle
De pequeña ciudad, que se tendía
Por el declive; y a la izquierda alzarse
Recién hecha y vistosa fortaleza,
Y a la diestra ruinoso y desolado
Un vetusto castillo con un puente
Sobre un cauce sin aguas. Y del valle
Y la ciudad subía vagoroso
Rumor cual de torrente sobre lecho
De movibles guijarros; o de alegre
Banda de grullas que al espeso bosque,
Cayendo el sol, a reposar desciende.

Los tres se dirigieron a la nueva
Fortaleza, y detrás de sus murallas
Desparecieron, y Gerant pensaba:
—«¡Ya encerré a la serpiente en su guarida!».
Y baja y va buscando y ocupadas

Halla las hosterías, y en las calles
Ve bullir a la gente. Por do quiera
Trabaja herrando el herrador y zumba
La ardiente fragua y se oye de un mancebo
Que bruñe una armadura, el compasado
Silbo con que acompaña su tarea.
A este joven, Gerant se acerca, y lleno
De natural curiosidad, le dice:
—«¿Qué significa este trastorno?». El mozo
Sin suspender su obra y sin mirarle
—«¡El Gavilán!» responde apresurado.
El Príncipe le deja y se dirige
A un anciano pechero que, sudando
Bajo un saco de trigo, descendía,
Y le hace igual pregunta. Con mal gesto
El viejo le contesta: —«¡Vaya en gracia!
¡El Gavilán!».

Ve más allá un armero
En su taller que a un yelmo a toda prisa
Afirmaba los broches, y se llega
Y le hace su pregunta; y el armero,
Vuelta la espalda, golpeando el yelmo,
Sin mirar, le responde: —«Amigo mío,
No tienen tiempo que perder, hablando
Los que hoy aquí del Gavilán se ocupan».
—«¡Mala landre se coma, grita entonces
Gerant exasperado, a ese maldito
Gavilán..., y a vosotros él..., cobarde
Banda de espantadizos gorriones
Que sólo andáis del Gavilán piando!
¿Acaso imagináis que debe el mundo
Saber lo que acontece en vuestra aldea?
¿Ni qué me importa a mí? Lo que me importa
Y tú me has de decir, si no estás loco,

Como aquí todos parecéis estarlo,
Es dónde puedo hallar posada y dónde
Encontrar armas, armas, armas, armas...
Para lidiar con mi enemigo... Pronto...
Habla...».

El armero a esta embestida vuelve
El rostro y, viendo al Príncipe vestido
De rica seda, sin soltar el yelmo,
Todo turbado se levanta y dice:
—«Perdonadme, señor: aquí mañana
Tenemos gran torneo y no me alcanza
A la mitad de mi trabajo el tiempo.
¡Armas pedís! ¡Por Dios! se necesitan
Todas aquí. ¡Posada! no sé dónde
La podáis encontrar, si no es en casa
Del conde Iniol, en el castillo viejo,
Al otro lado de aquel puente». Y dicho
Esto, comienza a golpear de nuevo.

Gerant de mala gana cruza el puente
Y al llegar al castillo, encuentra al conde.
Era grave su aspecto; ya de canas
Nevada su cabeza; su vestido
De rica tela y de lujosa hechura
Pero raído y deslustrado.

Viendo
Llegar al joven Príncipe. —«Hijo mío,
¿Adónde vais?», cortés le dice.

—«En busca
De un hospedaje en que pasar la noche,»
Le responde Gerant.

—«Entrad entonces,
Y con nosotros partiréis la humilde
Comida de esta casa, rica un día

Y hoy pobre; pero siempre hospitalaria»,
Le replica Iniol. Y Gerant dice:
—«Muchas mercedes, venerable amigo;
Y a condición que en vuestra franca mesa
No sirvan gavilán, prometo hacerle
Todo el honor que cumple al apetito
De doce largas horas a caballo
Y en ayunas».

El conde suspirando
Y a la vez sonriendo: —«Por más grave
Causa que vos, le dice, aquí nosotros
Al gavilán, a ese ladrón, odiamos:
Y así seguro, hasta de oír su nombre,
Podéis estar, a no querer vos mismo».

Entra Gerant al patio del castillo
Y su corcel para pasar destroza
Las ásperas estrellas de los cardos,
Que de las losas por las anchas grietas
Nacen espesos. Deplorable aspecto
Presentaba la fábrica: partido
Un arco allí se ve, de rozagantes
Helechos festonado: allá caída
Se ve una torre, cual de erguida cumbre
Desgajado peñasco y coronada
Cual los peñascos de silvestres flores:
Y aislada más allá se eleva al aire
Circular escalera, en sus peldaños
Enseñando la huella de las plantas
Que hoy no la huellan ya: pujantes yedras
La abrazan en redor, con sus fibrosos
Brazos y trepan a formar un bosque
Allá en lo alto y por debajo asoman
Sus blancos troncos cual nudosos cuerpos

De enlazadas culebras.



Mientras mira
Gerant estos destrozos, de repente
Brotan por los abiertos agimeces
Del salón del castillo, clara y dulce
Una voz de mujer, la de la hija
De Iniol, Enid. Y así como el viajero,
Si al abordar a solitaria tierra
Oye el canto de un ave, piensa al punto
Cómo será la forma y el plumaje
Del ave aquella que tan dulce canta;
Así pensó Gerant. Y cual sucede
A quien saliendo al campo en deliciosa
Primavera mañana, oye en las auras
Volar suave la primera nota
De aquel canto carísimo a los pechos
Tiernos y enamorados, y suspende
Su trabajo o su plática y exclama
O piensa. —«¡El ruiseñor!» —así acontece
Con la voz a Gerant que piensa al punto:
—«¡Por la gracia de Dios! ¡La voz que suena
Es la que busco yo!».

De la fortuna
Y de su rueda por extraño caso
Hablaban la canción y así decía:

«Haz tu rueda rodar, varia Fortuna,
Hazla rodar por sombra o resplandor:
Hazla rodar que yo ni a ti ni a ella
Siento ni odio ni amor.
Si tú la vuelves con voluble giro,
No he de seguirla en su inconstancia yo:
Si es pequeño mi hogar, en cambio tengo
Muy grande el corazón.

Rica, a tu risa sonreí algún día;
Pobre, a tu ceño sonriendo estoy;
Bien puedes tú mudar; que yo inmutable,
Siempre la misma soy.
Haz tu rueda rodar: sombra en las nubes
Tu rueda y tú para mi mente sois:
Haz tu rueda rodar; ni a ti ni a ella
Siento ni odio ni amor».

—«¿Oís? dijo Iniol: por ese canto
Del avecilla, juzgareis el nido.
Entrad, entrad».

Y entrando en la ancha sala
De artesonado techo y de paredes
Decoradas un tiempo, ve a una dama
Anciana ya, vestida de brocado,
Pero viejo y sin lustre; y junto a ella,
Como gentil capullo, que entre mustias
Hojas retoña, de carmín y nieve,
La hermosa Enid, su hija, con raído
Traje de seda.

Y al mirarla piensa
En su interior Gerant lleno de gozo:
—«¡Por la gracia de Dios! ¡esta doncella
Es la que ansiaba para mí!».

Callaron
Todos, excepto el conde, que así dijo:
—«Enid, allá en el patio está el caballo
De este buen caballero: ve al instante
Y átales en un pesebre y dale avena;
Y ve después a la ciudad y compra
Carne y vino; que alegres celebremos
La venida del huésped: pues muy grande
Es nuestro corazón, si muy pequeño

Es nuestro hogar».

Enid partió: a seguirla
El Príncipe se lanza; le detiene
El conde por la banda: —«No, hijo mio,
Le dice; ¿adónde vais? Mi noble casa
No consiente, aunque pobre, que a sí mismo
Se sirva el huésped».

Y Gerant, respeto
Sintiendo a la desgracia y la nobleza,
No insistió más.

Enid ató el caballo
En el pesebre y le dio avena, y luego
Fue a la ciudad, cruzando el puente, y vino
Seguida de un mancebo que traía
Para obsequiar al huésped vino y carne:
Y ella traía dulces y en su velo
Envuelto blanco pan. Y como el fuego
De la sala servía de cocina,
Hizo allí de comer; y cuando estuvo,
Paró la mesa y la sirvió; y sus padres
Y el Príncipe comieron, y ella, humilde
Y alegre, acudió a todo. Y encantado
Gerant, más de una vez besado hubiera
La blanca y breve mano que cogía
Para servirle el vaso o el trinchante.

Levantado el mantel, Gerant repuesto
De su fatiga y con el vino alegre,
Seguía con los ojos a la hermosa,
Noble sirviente, por doquier. De pronto
Al conde dice: —«Pero en fin, yo os ruego,
Conde y señor, que me expliquéis qué es eso
Del gavilán. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Pero no, por mi fe: porque si acaso
Es ese Caballero a quien he visto
Ha poco entrar en el castillo, enfrente
De la ciudad, su nombre, mal su grado
De sus labios saber, juré en mi enojo.
Gerant de Dévon soy. Esta mañana
Le vio la Reina y envió a su dama
Para saber su nombre, y a un enano,
Contrahecho, ruin, que del soberbio
Iba en pos, le pregunta; y el enano,
Con su látigo hirió a la noble dama,
Que se volvió llorando: y yo al inicuo
Juré ojear hasta su albergue y luego
Provocarle a combate, y su soberbia
Abatir y su nombre de sus labios
Saber mal que le pese. Desarmado
Eché tras él, pensando que en el pueblo
Podría encontrar armas; y me encuentro
Que están locas las gentes, confundiendo
El rumor de su aldea con la ola
Que retumba en el mundo; y ni atenderme
Quieren siquiera.

Si sabéis, por tanto,
Dónde hay armas, decídmelo; y si acaso
Vos las tenéis, prestádmelas mañana;
Y a faz de todos rendiré el orgullo
De ese fiero y le haré decir su nombre
Y vengaré a la Reina».

—«¡Conque tú eres
Gerant! exclama Iniol; ¡Gerant el fuerte,
Cuyas hazañas por doquier se cuentan!
¡Bien me pensaba yo cuando te vía
Por el puente llegar, que algo muy grande

Tu aspecto revelaba!... Por tu traje
Bien debí comprender que te sentabas
A la Tabla redonda: y no atribuyas
A lisonja mi hablar; mil y mil veces
Mi hija me oyó alabar de tus heroicos
Hechos la historia, y la escuchaba ella
Y otra vez la pedía: que tan grata
Es la idea del bien a los que tienen
El alma noble y por desdicha sufren
Miseria y mal. Y ¡qué desgracia! nunca
Una doncella tuvo pretensores
Tales cuales mi hija: fue el primero
El vicioso Limours, que a toda hora
Crápula y vino rebosaba; y ella
Le despreció y él se marchó muy lejos.
Fue el otro mi sobrino, el maldecido
Gavilán, mi enemigo, cuyo nombre
Jamás pronuncio, el cual tan malo y fiero
Era, que nunca concederle pude
Mi tierna hija; y el villano... ¡ah! ¡siempre
Es el soberbio el más villano! esparce
Calumnia vil, de que al morir su padre
Depositó en mis manos gran tesoro
Que nunca quise devolverle: y compra
A algunos de los míos y seduce
A muchos en el pueblo, y una noche
Del cumpleaños de mi Enid, asalta
Y saquea mi casa, y de mis tierras
Me priva y mi condado; y ahí enfrente
Levanta ese castillo, donde encierra
Y castiga a mis fieles; donde acaso
Yo hubiera muerto en hierros, si otra cosa
De mí sintiera que desprecio... Y tanto
Mi abatimiento es, que yo a mí mismo

Me desprecio también, y no sé a veces
Si he obrado bien o mal, siendo con todos
Por demás indulgente; y no distingo
Si cuerdo o loco, si mezquino o grande
He sido: solo sé que cuantos males
Dan sobre mí, con fortaleza sufro».

—«¡Bien dicho, alma sincera!...; pero ¡armas,
Armas!..., grita Gerant; que si a la justa
Vuestro sobrino acude, su soberbia
He de humillar...».

Iniol responde. —«¡Armas!
Armas tengo: aunque viejas y mohosas».
Son mías y son vuestras. Pero en vano
Me las pedís: en la cercana justa
Sólo pueden justar los caballeros
Que traen a sus damas. En el prado
Ponen dos altos pértigos; sobre ellos
Una vara de plata, y en la vara
Posado el gavián, premio ofrecido
A la hermosura de la más hermosa.
Y todo caballero que a la justa
Viene y quiere justar, para la dama
Que trae consigo, el gavián pretende.
Y mi sobrino, manteniendo el campo,
Justa con todos y hasta ahora siempre
A todos ha vencido; que es muy diestro
En armas y muy duro. Y a su dama
Siempre regala el gavián: por eso
«El Gavián» le nombran. Vos sin dama
No podeis, mal que os pese, entrar en campo.
Gerant, con la mirada refulgente
Y acercándose al Conde: —«¡Oh, vuestra venia!

Dice: ¡la venia de enristrar mi lanza
Por vuestra hermosa hija!, noble huésped,
He visto mil bellezas: pero nunca
Vi cosa igual... Si muero, nada importa;
Limpio queda su nombre: y si por dicha
Llego a vencer... ¡así me ayude el cielo!
¡He de hacerla mi esposa!...».

El oprimido

Corazón de Iniol saltó en su pecho
Mejores días augurando. Busca
En torno suyo a Enid: pero ella, oyendo
Su nombre, se había ido: y él entonces
Se dirige a su esposa y con ternura
Cogiéndole la mano, le decía:
—«¡Es delicada cosa una doncella!
Ve a descansar, pero refiere antes
A Enid lo que has oído, y averigua
Qué le parece el Príncipe».

La madre

Asiente sonriendo, y va y encuentra
A Enid ya desnudándose: la besa
Una y otra mejilla, y en sus hombros
Como la nieve cándidos, las manos
Pone, y la mira en los hermosos ojos;
Y todo se lo cuenta, sondeando
Su corazón. Pero jamás hicieron
Las sombras y la luz en campo abierto
Contraste igual, como en el dulce rostro
De Enid, rubor y palidez lucharon
Al oír a su madre: lentamente
Inclinó la cabeza (cual se inclina
Una balanza, si se añade el peso

Grano a grano), y la puso de su madre
En el seno amoroso, sin mirarla
Ni hablar, absorta de temor y asombro;
Y de allí se fue al lecho. Pero en vano
Intentaba dormir; la desvelaba
Verse indigna de tanto; y cuando el alba
Salió anunciando al sol, dejó su lecho
Y a su madre llamó, y a la pradera
Donde el palanque de la justa estaba
Las dos cogidas de la mano fueron
Y aguardaron al Príncipe y al Conde.



Y llegaron los dos: y al ver Gerant
A la divina Enid, que precedido
Le había, tal pujanza en sus nervudos
Brazos sintió, que el gigantesco trono
De Ildris osara suspender, si el premio
De fuerza corporal la hermosa fuera.
Las armas de Iniol enmohecidas
Traía, y bajo de ellas revelaba
Su gentileza y su poder.

Bien pronto
Con sus damas andantes caballeros
Fueron llegando y numerosa turba
De la ciudad. Y luego unos heraldos
Ponen el rico gavilán de oro
Sobre un varal de plata que apoyado
En dos erguidos pértigos se vía.
Y sonó la trompeta: y el sobrino
Del conde habló a su dama: —«¡Oh, tú! le dice;
La bella de las bellas; ven y toma
El merecido prez que un año y otro
Conquisté para ti». —«Detente, grita
Con recia voz Gerant; otra más digna
Hay de ese prez aquí»—.

Con gran sorpresa
Y con mayor desdén el caballero
Se vuelve y ve a los cuatro; y como lanza
Fuego el volcán de Iule, así a su rostro
Lanzó fuego la ira que encendía
Su pecho y grita: —«En buena lid vencerme
Debéis, si tanto osáis...».

En rudo encuentro
Tres veces chocan y las lanzas rompen;
Y echan pie a tierra, y las espadas sacan

Y se dan tales golpes, que el asombro
Embarga a todos: y de allá del muro
Del castillo, volviéndolos el eco,
Semejan recia lid que en sus merlones
Lidian fantasmas.

Una vez y otra
La lucha empiezan, y una vez y otra
Faltos de aliento, la suspenden: bañan
Sangre y sudor los fatigados cuerpos:
El combate es igual, hasta que oyendo
Gritar a Iniol: —«¡Acuérdate del grande
Insulto hecho a la Reina!...». Repentino
Vigor siente Gerant; con ambas manos
Coge la espada; furibundo golpe
De alto en bajo descarga a su enemigo,
Y, hendido el yelmo, herida la cabeza,
En el suelo le tiende. Allí le pone
Al pecho el pie, la espada a la garganta,
Y le dice: —«¡Tu nombre!».

Y el caído—
«Edirn, hijo de Nudd», con cavernosa
Voz le responde: «confusion y rabia
Al decírtelo siento: han visto hombres
Mi caída: mi orgullo has humillado...».
—«Edirn, hijo de Nudd, Gerant replica,
Dos cosas has de hacer, si vivir quieres:
Primera; tú y tu dama con tu enano
A la corte de Arturo iréis, y puestos
De hinojos, el perdón de vuestro insulto
Pediréis a la Reina, y el castigo
Que ella os imponga, cumpliréis. Segunda:
Bienes y honor has de volver al Conde.
¡Estas dos cosas has de hacer o mueres!».
—«Ambas cosas haré; lo juro, dice

Edirn; nunca vencido fui, y tú ahora
Me vences y me humillas, y en presencia
De Enid...»—.

Y levantándose, ambas cosas
Cumplió. Se fue a la corte, y fácilmente
Le perdonó la Reina, y en la corte
Se quedó y odió el mal, y gran mudanza
Hizo en sí mismo, y en la gran batalla
Delante de su Rey murió lidiando.



Rayando apenas la tercer aurora
Después del día de la caza, estaba
Despierta Enid, pensando, si era ensueño
O realidad lo que confuso iba
Vagando por su mente; una promesa
Hecha a Gerant la tarde precedente.
Gerant, aquella tarde, el doble empeño
Mostrado había de partir al otro
Día sin falta y no partir sin ella.
Ella, estrechada, le ofreció al siguiente
Día partir con él, y ante la Reina
Presentarse, y por ella amadrinada,
Su esposa ser. Y al despertar, pensando
En sus promesas, con angustia vuelve
La vista a su vestido, y más que nunca
Le encuentra mal. Como al mediar Noviembre
Otras parecen las que verdes fueron
Hojas de Octubre; así sus pobres ropas
Le parecen más pobres desde el día
Que vio a Gerant; y las miraba, y grande
Terror sentía de la corte, de esa
Cosa brillante y vaga, donde tantos
Ojos curiosos a fijarse en ella
Iban y a motejarla; y en su angustia
Así a su pobre corazón hablaba:

—«¡Cómo a este noble príncipe, en sus trajes
Y en su obrar tan espléndido, que acaba
De devolvernos el Condado, puedo
Con estas ropas afrentar!... ¡Si breve
Tiempo pudiera detenerse! Siendo
Tan bien quisto en la corte, aunque al tercero
Día volver haya ofrecido, fácil

Debiera serle detenerse un día
O dos no más: que sin descanso, a riesgo
De quedar ciega, me cosiera un traje
Menos indigno de él...».

Y recordaba
Con lástima el vestido de joyante
Seda y flores de oro, que su madre
Le regalaba y admiraban juntas
Tres años antes, la terrible noche
En que Edirn con sus gentes entró a saco
El castillo, y huyeron, y salvaron
Sólo sus joyas, que vendidas luego,
Les fueron dando pan: y el vengativo
Edirn después los obligó a quedarse
En aquellas ruinas... ¡Oh, si hubiera
Gerant venido en el dichoso tiempo
De su esplendor!... ¡cuando ella recorría
El frondoso jardín, y las doradas
Carpas veía en el estanque!... Y una
Había parda, manchada, sin el brillo
De sus hermanas; y pensaba que ella
Era esta carpa, con su humilde traje,
Entre las damas de la corte...; y mientras
Así pensaba, se quedó dormida.
Y continuó durmiendo la penosa
Comparación, soñando que era ella
En efecto la carpa, y que el estanque
Estaba rodeado de preciosos
Cuadros de flores, y que hermosas aves
De brillante plumaje revolaban
Entre finos alambres; y bañado
Todo estaba del sol; y caballeros
Y damas con riquísimos vestidos

De hilo de plata, discurriendo iban
Graves cosas de corte; y los hijuelos
Del Rey, vestidos de oro, por las puertas
Miraban, o saltando los pretilos,
Iban llegando; y ella se escondía
A la sombra del agua, imaginando
«¡No me verán!...». Y en esto, majestuosa
La Reina entraba; y alrededor sus hijos,
Con sus vestidos de oro, iban clamando:
—«Sólo carpas doradas en el agua
Queremos ver... Llamad al jardinero
Y que mate a esa negra...».

Y al instante,
El jardinero acude, y con su dura
Mano la coge.

A la impresión despierta,
Toda angustiada del pesado sueño,
Enid; y era su madre que en el hombro
La tocaba llamándola, y traía
En sus manos un traje de lujosa
Tela y hechura, que dejó en el lecho,
Diciendo así con voz alegre: —«Mira,
Hija mia, cuán frescos y cuán bellos
Son los colores: los del sol parecen
Cuando su rayo en el cristal se rompe...
¿Y por qué no? sin estrenar se encuentra:
Mírale bien, ¿no le conoces?».

Mira
Fijamente el vestido, Enid, y duda
Si sueña aún, y en sueños su deseo
Ve realizado, o si en verdad presente
Tiene el vestido. Mas, de pronto, cobra

Su acuerdo y le conoce: —«¡Ah, madre! exclama;
Vuestro regalo es; ¡el que me hicisteis
En la terrible noche en que perdida
Nuestra fortuna fue!...».

—«Sí, le responde
Su madre; mi regalo, que de nuevo
En la feliz mañana de este día
Te presento otra vez. Ayer vencido
Edirn, mandó que donde quier se hallasen
Restos de aquel saqueo, a nuestra casa
Volvieran sin demora: y por la tarde,
Mientras tú dulcemente platicabas
Con tu Príncipe, un hombre arrepentido
De su mal proceder, o deseoso
De granjearse nuestra gracia, vino
Y me trajo el vestido; y yo no quise
Decirte nada entonces, esperando
A darte, al despertar, esta sorpresa.
¿Verdad que te es muy grata? Sí...; yo misma
Traía, a mi pesar, mi desdorado
Traje, como tú el tuyo; y aun tu padre;
¡Y eso que es tan sufrido!... ¡Ay, hija mia!
Tu padre me sacó de una abundante
Casa, y yo traje un rico ajuar, con damas,
Y pajes, y escudero, y mayordomo,
Y el lebel, y el halcón, cuanto conviene
Al decoro de un noble; y a otra llena
Casa me llevó él; y así vivimos
Hasta que ese malvado Edirn, de un golpe
Nos sumió en la miseria. Y nuestras ropas
Contaban nuestro mal... Mas hoy, por gracia
Del cielo, empiezan venturosos días;
Y tú debes vestirme como cumple
A tu edad, y a tu clase, y a la novia

De un Príncipe tan grande. Y nada importa
Que por la más hermosa hayas ganado
Ayer el prez; ni que la más hermosa
De las hermosas él te llame. Siempre
El adorno realza la hermosura;
Y es preciso evitar que alguna altiva
Dama en la corte, al ver tu desaliño,
Diga riendo: —¿En qué rincón del mundo
Habrá cogido el Príncipe a ese pobre
Pardillo?... Y al oírlo, avergonzada
Te sientas... y él se sienta...; que sería
Mucho peor. Pero yo sé que yendo
Bien vestida mi hija, no hay quien pueda
Con ella competir, aun cuando busquen
Por campo y por ciudad, como en los días
De aquella reina Esther...».

Y aquí rendida
De tanto hablar calló; y Enid la oía
Resplandeciendo alegre, y poco a poco,
Como la blanca matutina estrella,
De entre la nieve sale y a esconderse
Va tras dorada nube; así del lecho
Virginal salió ella, y en las ropas
De oro bordadas se envolvió, ayudada
De la vista y las manos de su ansiosa
Madre, sin más espejo. Y concluido
El tocado, la madre envanecida
La hace volverse en derredor, y afirma
No haber visto en su vida gentileza
Ni gracia igual: que no era tan hermosa
La doncella del cuento, la encantada
Que hizo Guidion de flores: ni la esposa
De Cassivlan, por cuyo amor el César

De Roma la primera vez el suelo
De Bretaña invadió: «pero nosotros
Le rechazamos; y hora nos invade
Este gallardo Príncipe, y nosotros
En vez de rechazarle, le acogemos
Con los brazos abiertos... Y ¡oh qué pena!
Por tan malos caminos a la corte
Yo no te puedo acompañar... Tu padre
Tendrá el gusto de ir..., y yo me quedo
Aquí pensando en mi gentil princesa,
Bella como ninguna y aún más bella
Con mi regalo...».

En tanto que gozosas
Así las dos hablaban, despertando
Gerant salió de la espaciosa sala
Y busca al Conde y por Enid pregunta.
Y le cuenta Iniol lo del vestido
Y el gozo de la madre y que podría
Dignamente vestida presentarse
Su hija a la Reina al fin.

—«¡Ah, Conde! dice
Gerant entonces: por mi amor os pido,
Sin daros más razón, que a vuestra hija
De mi parte roguéis, que sólo vista
Para venir conmigo aquellas ropas
Con que la vi al llegar».

Subió a la estancia
De su hija Iniol, con el difícil
Mensaje, que cayó como la nube
De verano en la mies.

Enid confusa
Sin comprender la causa, ni atreverse
A mirar a su madre, silenciosa

Se despojó al instante del soberbio
Traje, bordado en oro, y las ajadas
Ropas vistió que el Príncipe quería;
Y así bajó. Y el Príncipe tal gozo
Tuvo de verla con su humilde traje
Y la miró con tan vehementes ojos,
Que ella bajó los suyos sonrojada;
Y él aún más se alegró: pero observando
Enojada a la madre, cariñoso
Le tomó entrambas manos y le dijo:

—«¡Madre, mi nueva madre! no os enoje
Tal petición en vuestro nuevo hijo.
Sabed que nuestra Reina, cuando ha poco,
Partí de Caerleon, con un acento
Que no puede olvidarse, me ofrecía
Adornar con sus manos a la esposa
Que yo eligiera y como el sol ponerla
Radiante. Y yo, cuando encontré el lucero,
De vuestra Enid, al verle oscurecido
Juré, que si lograba por ventura
Hacerla mía, nuestra amable Reina
Y sólo nuestra Reina, a mi adorada
Haría salir de su humildad, cual sale
De entre nubes el sol. Y blando lazo
Así pensé que entre la Reina y ella
De amistad se formara. Y ¿dónde amiga
Mejor pudiera Enid hallar?... Al mismo
Tiempo pensaba yo: fue una sorpresa
Mi entrada en esta casa: y aunque prueba
Pudiera ser de amor, su bondadosa
Presencia en el palenque, bien podría
Haberlo también sido de su humilde,
Filial obediencia; o transitorio

Efecto del contraste que en su mente,
Acostumbrada a este salón sombrío,
Pudiera hacer mi brillantez, la idea
En ella despertando de la corte
Y sus dañosas glorias: y pensaba
Yo de qué modo probaría gran fuerza
De voluntad en ella, unida a grande
Amor a mí, que a una palabra mía,
Sin más razón, gustosa renunciara
La gala y el adorno, siempre caros
A la mujer; más caros aún a ella
Por nuevos; y si nuevos no, mil veces
Más caros todavía, por haberlos
Disfrutado y perdido. Y yo pensaba
Que si hallaba tal prueba, bien podía
Confiar en su fe, como en inmóvil
Roca batida en vano por las olas.
Y hora me gozo en ver mi profecía
Felizmente cumplida. ¡Nunca sombra
Se interpondrá de duda entre nosotros!
Perdonad, pues, mi petición extraña;
Y os ofrezco la enmienda para un día
En que dichosa vuestra hija traiga
Vuestro rico presente y en sus brazos,
Tal vez... ¿quién sabe?... otro regalo tierno
De Dios, que aprenda balbuciente a daros
Las gracias...».

Dijo: y sonreía y lloraba
La madre a un mismo tiempo, y luego trajo
Un ancho manto y envolvió a su hija;
La abrazó y la besó.

Y ellos partieron.

En aquella mañana, a la gigante
Torre, de dó se alcanzan a lo lejos
De Sommerset las plácidas colinas
Y más allá, en la mar, las blancas velas,
Esperando a Gerant, subido había
Tres veces ya la Reina; y no miraba
Ni al mar ni a las colinas, sino al valle
Del Usk, por la pradera, hasta que al cabo
Le ve venir; y entonces a las puertas
Baja y abraza a Enid y bien venida
La llama; y como novia del invicto
Gerant la honra; y como el sol la viste
Para sus bodas, y en alegres fiestas
Pasó la Corte la semana entera;
Porque Gerant y Enid, por la bendita
Mano del Santo Dúbric, con gran pompa
Ante los Reyes, desposados fueron.

Sucedió todo esto en la pasada
Pascua florida: las usadas ropas
Guardó Enid cuidadosa, recordando
Que eran las que traía la primera
Vez que vio a su Gerant; y cómo al verse
Tan mal vestida, se paró confusa,
Y cómo de ella él se prendó y al punto
La pidió por su esposa y a la Corte
Quiso llevarla con el mismo traje.

Por eso, en aquel día, cuando airado
Él le dijo: —«Vestíos al momento
Vuestro peor vestido.» —ella, obediente,
Lo sacó y se lo puso.

¡Oh, miserable

Ciega raza de Adán! ¡Cuántos se forjan
Voluntaria desdicha, trastrocando
El mal y el bien; lo cierto y lo inseguro!
¡Y a tientas van por la vislumbre escasa
De este mundo inferior, hasta que llegan
A aquel de luz, donde nos ven y vemos,
Como somos y son!

Así acontece

A Gerant aquel día.

Cuando entrambos

A caballo estuvieron, por lo mismo
Que a su mujer apasionado amaba,
Sintiendo en lo profundo de su pecho
Rugir la tempestad, pensó que en truenos
Sobre aquella cabeza tan querida
Iba a estallar, si hablaba; y dominando
Su emoción y su ira: —«¡No a mi lado!
Delante iréis, le dice, bien delante;
Buen espacio delante... Y os ordeno
Como señor y esposo, que ni una
Sola palabra me digáis, suceda
Lo que suceda».

Con temblor de muerte

Fue a andar Enid: mas se detuvo oyendo
Que gritaba Gerant: —«Afeminado
Como dicen que estoy, me abriré paso
Con hierro y no con oro».

Y tal diciendo

Arranca de su cinto la escarcela,
Y la tira furioso a su escudero.
Salió de ella un arroyo de lucientes
Monedas de oro, que esparcidas iban
Rodando por el mármol. Le miraba

Pasmado el escudero... y él añade:

—«¡Al desierto!».

Y Enid, guiando, toma
La vereda que él dice; y andan y andan,
Y pasan de sus Marcas, y por selvas,
Plagadas de bandidos, y por charcos
Fétidos, cuya orilla solitaria
Sólo garzas frecuentan, van pasando.
Iban de prisa al pronto; pero luego
Fueron templando el paso. Quien los viera
Caminar lentamente y con los rostros
Pálidos y abatidos, el tormento
Que iban sufriendo comprendiera al punto.
Él meditaba: —«¡Cielos! ¡tanto y tanto
Amor y esmero como en ella puse
Para ganarle el corazón y hacerla
Siempre fiel!...». —Y al llegar aquí se ahoga
Su pensamiento, cual la voz se ahoga
Con ira subitánea...

Ella, olvidando
Su propia pena y su ignorada falta,
La que de pronto tan cruel, tan duro
A su adorado esposo vuelto había,
Para con ella, suplicaba al Cielo
Con ferviente oración que le librara
A él de todo mal.

En esto, agudo
Suenan el silbo del cárabo, al del hombre
Tan parecido, y tiembla toda y mira
El llano alrededor, y una emboscada
Teme en cada ramblar...

Y luego piensa:
—«¡Y si falté, Dios mío, que mi falta
Me diga al menos, y a sus pies rendida

Le pediré perdón, y con tu gracia
Me enmendaré!».

Seis horas de este modo
Iban marchando, cuando Enid descubre
Tras de una peña ocultos, a caballo,
Completamente armados, con siniestra
Catadura tres hombres, y uno de ellos
A los otros decía: —«Ved qué ganso
Nos viene por allí, con la cabeza
Colgando y con las trazas de una zorra
Corrida por los perros... A matarle
Vamos y serán nuestros su caballo,
Y su armadura, y esa linda moza
Que va con él».

Y Enid pensó: —«Si un poco
Me detuviera yo, decir podría
A mi señor lo que de oír acabo
A esos malsines. Y si extremo fuera
Su enojo y me matara, yo gustosa
Moriré de su mano, si le evito
Afrenta o mal».

Y así pensando vuelve,
Y arrostrando con tímida firmeza
El fiero ceño de Gerant, le dice:
—«Señor, ocultos tras de aquella peña
Hay tres bandidos que diciendo estaban
Que saldrán a mataros, y que suyos
Harán vuestro caballo y vuestras armas
Y la dama que va con vos».

Con grande
Ira Gerant responde: —«¿Os he mandado

Que me aviséis o que calléis? ¡Tan sólo
Una cosa os mandé, y obedecerme
No habéis podido!... ¡A un lado, pues! Y ahora
Miradme bien. Ya deseáis mi triunfo,
Ya mi derrota: ya anheléis mi muerte,
Ya tembléis por mi vida, veréis pronto
Que no ha menguado la pujanza mía».
Pálida y temblorosa, Enid se aparta,
Y los tres malhechores acometen
A Gerant, y él embiste al que venía
En medio, y con su lanza le atraviesa
Sacando por la espalda más de un codo
del asta, al tiempo mismo que en su escudo
Y en su peto por uno y otro lado
Las lanzas de los otros como vidrio
Se quebraron. Desnuda la terrible
Espada, y a la diestra y la siniestra
De un golpe y otro golpe, muertos tiende
A los dos; y saltando del caballo,
Como el montero que desuella al lobo
Que acaba de matar, así despoja
A los tres de sus armas; y cogiendo
Los tres caballos, asegura encima
De cada uno su armadura; y ata
Juntas todas las riendas y a la humilde
Enid las da, diciéndole: —«Llevadlos
Por delante a los tres». Y ella en camino
Poniéndose de nuevo, los hacía
Andar.



Su altivo esposo ya más cerca
La seguía que antes; en su pecho
Comenzaba a luchar contra el enojo
La compasión, mirando a aquella débil,
Preciosa criatura, a quien amaba
Con ciega adoración, pugnar sumisa
Conduciendo las bestias... Bien quisiera
Hablarle y desahogar el ansia fiera
Que en su encelado corazón rugía;
Pero era tal su enojo, que más fácil
Encontraba matarla, que decirle:
—«¡Espérate!» —y el rostro aquel divino
Sonrojar declarándole sus celos.
Y así sufriendo, los minutos eran
Siglos para su angustia. Pero había
Pasado apenas el escaso tiempo
Que tarda el Usk, en Caerleon, cumplida
La pleamar, para seguir corriendo
Otra vez hacia abajo, cuando observa
Enid en la espesura, que avanzados
Delante de la selva hacia el camino,
Hacían unos robles, tres jinetes
Completamente armados. Uno de ellos
Que era muy alto y mucho más membrudo
Que su señor, la hizo temblar, diciendo:
—«¿No veis? ¡Soberbia presa! ¡Tres caballos
Y tres arneses, y al cuidado de ellos
Una preciosa dama!».

—«No va sola,
Dice el segundo: viene un caballero
Un poco atrás».

—«Una gallina clueca
Parece alicaído,» con gran risa

Dice el tercero, y el jayán añade:
—«Esperémosle aquí: pues sólo es uno;
Y embistámosle al paso».

Enid pensaba:
—«Voy a esperar a mi señor: yo debo
Advertirle el peligro: fatigado
Está del anterior combate y ellos
Unidos y a traición van a embestirle.
Me ha mandado callar; pero no es dable
Obedecerle en daño suyo: debo
Hablarle aunque me mate. ¿Qué me importa
Perder mi vida, si la suya salvo?».
le esperó, pues, y con firmeza humilde:
—«¿Me dais licencia para hablar?» le dijo.
Y él le responde: —«Os la tomáis vos misma,
Pues hablándome estáis». —Y añade ella-
—«Señor, ahí en el bosque a tres bandidos
He visto ocultos, a caballo, armados
De todas armas, corpulento el uno
Muy más que vos; y dicen que a embestiros
Van al pasar».

—«¡Y qué me importa, exclama
Con cólera Gerant: si ciento fueran
Jayanes todos y a la vez los ciento
Vinieran sobre mí, no me causaran
Un pesadumbre que me dais faltando
A mi mandato vos. Poneos a un lado;
Y si muero, elegid al más valiente!».

Se puso a un lado Enid: mirar no osaba
La desigual pelea: suspendidos
El aliento y el alma, fervorosa
Oraba en su interior.

Aquel membrudo

Que más ella temía, fue el primero
En embestir al Príncipe: le asesta
La lanza al yelmo; pero yerra el golpe
Y sufre en cambio el bote irresistible
Con que Gerant, pasándole la cota
Después del coselete, en pleno pecho
Le clava entero el hierro de su lanza,
Que en la anterior contienda resentida,
Se rompe corta. Con fracaso viene
Al suelo el malhechor. Así hemos visto
De un promontorio deslizarse un día
Maciza peña, en que de seco arbusto
Se alzaba el tronco: a la tendida playa
Con fragor fue a parar; y encima enhiesto
Se alzaba el tronco aún. Tal parecía
Con el trozo del asta el derribado
Corpulento bandido.

Sus cobardes

Compañeros que un poco atrás venían
A dar sobre Gerant, viendo a su jefe
Muerto, vuelven las grupas. —Su terrible
Grito de guerra el Príncipe lanzando,
El que en lo recio de un combate hacía
Arder a sus soldados y la sangre
Helaba al enemigo, en pos se arroja
Y los alcanza y sin piedad la muerte
Les da que merecían y que dado
Ellos a más de un inocente habrían.

Pie a tierra echó después; y lo primero
La mejor lanza elige: luego arranca
Las armaduras a los muertos; hace
De cada una un lío, asegurando

Una en cada caballo, y después ata
Juntas todas las riendas y a la humilde
Enid las da, diciéndole: —«Llevadlos
Por delante a los seis».

Y ella en camino
Poniéndose de nuevo los hacía
Andar.

Más cerca aún Gerant la sigue.
Ella con el cuidado que le impone
El cuidar de las bestias y sus cargas,
Un tanto de su pena se distrajo.
Y los caballos, nobles animales,
De buena sangre, aunque por mucho tiempo,
Dieron en malas manos, cuando oyeron
Aquella voz tan firme y tan suave,
Alegres las orejas aguzaron
Y dóciles marchaban.

De este modo
La selva atravesaron y al abierto
Campo salen y ven una pequeña
Torreada ciudad, sobre un fragoso
Cerro y un prado al pie, como una joya
En los salvajes yermos engarzado.
Y en el prado segando segadores
Y por una vereda descendía
De la ciudad un mozo de agradable
Aspecto que a los hombres que segaban
Traía la comida.

El caballero
Se había acercado a Enid que por momentos
Iba palideciendo: y cuando el mozo
Llegó, le dijo el Príncipe: —«Esta dama

Viene desfallecida; dale, amigo
Un poco de comer».



«Con mil amores,
El mancebo responde; y aunque vale
Muy poco lo que traigo, vos pudierais
Comer también, señor».

Así diciendo,
Pone en tierra la cesta. Bajan ellos
De sus caballos y pacer los dejan,
Y en la margen se sientan del camino
Y comen. Toma Enid algún bocado
Sin apetito, por respeto sólo
A su señor: pero Gerant devora
Cuanto tiene delante, y asombrado
Se queda él mismo, cuando ve vacía
La cesta; y dice sonriendo al mozo:
—«Todo me lo he comido: toma en pago
Una armadura y un caballo; escoge
Los que te gusten más».

Loco de gozo
Dice el mancebo: —«¡Me pagáis cien veces,
Señor, lo poco que os habéis comido!».
—«Tanto mejor, el Príncipe replica».
Y el mozo añade: —«Lo recibo sólo
Como un regalo; y ahora mientras ambos
Un poco reposáis aquí a la sombra,
Voy a traer comida para estos
Segadores del Conde; porque todos
Son del Conde, y el campo es todo suyo,
Y yo suyo también: y he de decirle
Cuán bueno y grande sois; pues cuando pasa
Por sus tierras, un hombre de esos grandes,
Siempre quiere saberlo. Y a su casa
Que es un palacio, os llevará al instante
Y os dará de comer mejor comida».

—«No necesito yo mejor comida,
Le replica Gerant, ni más a gusto
He comido jamás que ahora, dejando
Sin comer a tus gentes. Ni al palacio
Quiero ir de tu Conde: de palacios
Sé yo de más, ¡por Dios! Y si tu Conde
Me quiere ver, que venga. Sólo quiero
Que por favor nos busques una estancia,
Donde pasar la noche, y un establo
Para esos animales: y a tu vuelta
Dame razón».

—«Al punto voy», responde
El mozo contentísimo, y al irse
Va con la frente erguida, y va pensando
Que es casi un caballero; porque tiene
Caballo y armas; y al llegar al cerro
La senda toma y desaparece en ella.

Al perderle Gerant de vista, vuelve
Los ojos y ve a Enid, allí a par suyo
Silenciosa y humilde. A la memoria
Le acude el falso juicio que algún día
Él se formó, de que jamás la duda
Turbaría su paz. Hondo suspiro
Da, y se vuelve a mirar a los robustos
Hombres que estaban sin comer segando;
Y se entretiene en ver cómo relucen
Moviéndose en el sol, las curvas hoces;
Y a poco, sin sentirlo, de la siesta
Con el calor, se queda dormitando.
La triste Enid recuerda el derruido
Palacio en que vivió pobre y dichosa,
Y el áspero graznar de la corneja

En torno de su torre; y va cogiendo
Hebras largas de yerba y sin pensarlo,
Hace sortijas que a su dedo ajusta
Alrededor de su nupcial anillo;
Y luego las deshace, y luego coge
Mas yerbas y hace más...; y así hasta tanto
Que vuelve el joven y a Gerant anuncia
Que hay posada dispuesta.

Cuando en ella

Se encontraron, Gerant dijo a su esposa
—«Podéis, si lo queréis, llamar que os sirvan».
—«Gracias, Señor». Enid responde; y quedan
Cada cual a un extremo de la estancia,
Como dos mudos, o cual dos de aquellas
Figuras de salvajes que a los lados
Se ponen de un escudo y que de frente
Miran en el espacio sin volverse
Nunca la una a la otra.

En tan penosa

Situación se encontraban, cuando suenan
Ruidosas voces en la calle y pasos
Que van llegando aprisa. Se levanta
Gerant a ver lo que es, cuando de pronto
Cede la puerta a vigoroso empuje
Y se abre y choca en la pared de espaldas,
Dando paso a un tropel de brava gente
Y al Señor del lugar, hombre de rostro
Femenilmente bello, aunque de vicios
Descolorido. Era Limours, el Conde,
De Enid pariente, que su mano un tiempo
Amante pretendió. La bienvenida
Da a Gerant y le aprieta las dos manos
Con marcial cortesía: pero en tanto

Ve de reajo, triste y apartada
En un ángulo a Enid y la conoce,
Aunque nada le dice.

Llama a gritos

Gerant al posadero y que prepare
Un gran festín para obsequiar al Conde
Le ordena y que él a sus amigos junte
Y les dé de beber y que se alegren
En honor de su Conde, y luego añade:
«No os curéis de la costa: es cuenta mía».

Traen vinos y manjares: come y bebe
Tanto Limours, que el vino descompone
Su cerebro y su lengua y habla y ríe
Y cuenta libres cuentos, e ingenioso
Juega con las palabras. Chispeante,
Como cristal tallado en cien facetas,
Era su hablar, cuando abundante vino
Y amigos licenciosos le encendían.
Bebidos, como él, le celebraban
Todos sus seguidores y aun el mismo
Gerant de oírle se rió y al cabo
Bebió de más: y al conocerlo el Conde
—«¿Me dais licencia para ir, le dice,
A saludar a aquella damisela,
Que allí tan sola está?». —«Tenéis licencia,
De hablarle y de que os hable; pues conmigo
No puede hablar», el Príncipe responde.
Se levanta Limours y va pisando
Con el cuidado del que cruza un puente
Y teme que se rompa. A donde estaba
La triste Enid se acerca: apasionado
La mira y la saluda respetuoso
Y con sumisa voz así le dice:

—«Enid, estrella de mi errante vida;
Enid, mi amor primero, mi amor solo;
Enid, vos, cuya pérdida me hizo
Malo y feroz. ¿Adónde vais? ¿qué es esto?
¡Estáis en mi poder! ¡En poder mío
Estáis al fin!... ¡Mas no temáis! Si fiero
Y malo soy, conservo allá en mi pecho
Un resto de bondad y de dulzura.
Cuando un tiempo se opuso riguroso
A mi amor vuestro padre, imaginaba
Yo que me amabais vos. Si tuve entonces
Tamaña dicha, confesadlo ahora:
Decidme que es verdad. Pues qué ¿la vida
Que hago por vos, acaso no merece
Algo de vos? ¿No me debéis vos nada?
¡Ah, sí! ¡Toda os debéis a mi cariño!...
Y entre él y vos algo sucede. Os veo
Sin hablar y apartados. Y él os lleva
Sin servidumbre alguna, sin un paje,
Ni una doncella. ¿Acaso ya no os ama
Como antes os amaba? Vuestro enojo,
Lo veo con placer, no es el enojo
De dos amantes; porque el más amante
Puede reñir con la mujer que adora;
Pero nunca ponerla ante las gentes
En ludibrio y escarnio. Vuestras ropas
Mudos testigos son de que ese hombre
No os ama ya: perdió vuestra hermosura
Su gracia para él; y en vano, en vano
Pretenderéis de nuevo su cariño;
Porque el amor del hombre, si se pierde,
No se cobra jamás. Volved en cambio
Los ojos hacia mí; miradme; el mismo

Soy para vos...: no el mismo, más amante
Me halláis que me dejasteis... Una sola
Palabra pronunciad... Vedle... sin armas
Cercado de mis gentes..., a una seña...;
Mas no temáis, ni con zozobra tanta
Pálida me miréis: nada de sangre.
No es más honda que un foso mi malicia,
Ni más fuerte que un muro: bien guardado
Por uno y otro él, no podrá nunca
Volvernos a estorbar. Una palabra,
Una sola decid... Mas si os enojo,
No la digáis... Pero ¡por Dios! que usando
De todo mi poder... ¡Ah, perdonadme!
Aún me enloquece la locura aquella
Que trastornó mi mente, al separarme
De vos...».

Y así diciendo enternecido,
Le temblaba la voz y se arrasaron
De lágrimas sus ojos.

Asustada
Enid de aquellos ojos, que entre el llanto
Con el fuego del vino relucían,
Apeló a aquella astucia, que inocente
La mujer o culpable siempre adopta
Para escapar de peligroso trance,
Y dijo:

—«Conde, si me amáis; si es cierto
Cuanto vos me decís, callad ahora
Y mañana venid y mal su grado
De su poder sacadme. Pero ahora
Dejadme reposar que estoy rendida
A punto de morir».

Al despedirse,
Tanto se inclina el amoroso Conde
Que con la pluma de su gorra el suelo
Casi llega a barrer.

Las buenas noches
Con recia voz le da Gerant; y el Conde
Al irse va diciendo a sus secuaces
Que Enid le quiere y siempre le ha querido
Y que le quiere a él solo y ni un ardite
Su marido le importa.

Cuando sola
Se vio Enid con Gerant, piensa si debe
Romper o no romper en tanto apuro
El prescrito silencio, y mientras duda
Ve dormido a Gerant en hondo sueño
Y no osa despertarle: pero llega
Y se inclina sobre él, y ve con tierno
Gozo su cuerpo sin lesion alguna
Y que respira sosegado.

Entonces
Solícita recoge las dispersas
Piezas de su armadura y a la mano
Las coloca en buen orden, por si fueran
De pronto necesarias. Se recuesta
Después y se adormece; pero tanta
Era su pena y su cansancio tanto,
Que fue su sueño pesadilla horrible.
Ora soñaba que una zarza asía
Por no caer en hondo precipicio;
Que cedía la zarza; que al profundo
Ella iba al fin... y despertaba al golpe.
Después soñó que el Conde con su turba

Llegaba ya a la puerta y le decía:
«¡Ven... ven!» sonando una trompeta aguda.
Y era el canto del gallo que anunciaba
El alba que rompía y que un vislumbre
Extraño haciendo en el arnés, asusta
A Enid por los ensueños perturbada.
Va ella a ver lo que es, y sin pensarlo
Derriba el casco, que crujiendo cae
Y despierta a Gerant.

En pie de un salto
Él se pone y la mira. Entonces ella
Rompe el mandato y tímida refiere
Cuanto Limours le dijo y lo que ella
Dijo para librarse, y sólo omite
Lo de que él no la ama; y con tan dulces
Breves palabras y en tan blando tono
De haber hablado se excusó, que aun cuando
Gerant pensó si el llanto aquel de Devon
Sería por Limours, sólo un profundo
Suspiro dio, diciendo: —«¡Vuelven loco
Y hacen traidor estas bonitas caras
Al hombre! Ve al instante y dile al huésped
Que ensille los caballos».

Va corriendo
La humilde Enid por la dormida casa,
Aquí y allí llamando, hasta que logra
Al huésped despertar. Vuelve a su esposo
Y aunque él nada le dice, ella le sirve
Como escudero y del arnés las piezas
Le da y le abrocha.

Cuando estuvo armado
Buscó el Príncipe al huésped y le dijo:
—«Amigo, nuestra cuenta». —Y sin oírle
Ni aguardar o saber a cuánto monta,

Añade: —«En pago os doy cinco caballos
Y otros tantos arneses».

Siente el huésped

Inusitado escrúpulo y exclama:
—«¡Señor, si apenas el valor de uno
Habré gastado yo!». —«¡Mejor!» replica
Gerant y a Enid: —«Anda, le dice,
Y cuida de no hablar: sea lo que quiera
Lo que oigas, veas o te imagines, siempre
Debes callar y obedecer callando».

—«Señor, Enid responde, ya conozco
Vuestro mandato y quiero obedecerle;
Pero yendo delante, oigo las fieras
Amenazas y veo los peligros
Que vos ni oís ni veis, y el no avisaros
Me es del todo imposible. Obedeceros
Procuraré no obstante».

—«Sí, replica

Gerant; obedeced y la excesiva
Prudencia reprimid; pues vuestro esposo
No es un débil juglar: es todo un hombre,
Con armas y con brazos que defienden
Vuestra vida y la suya; y con oídos
Que os oyen aun en sueños, y con ojos
Que os ven do quiera que os halláis».

Diciendo

Estas palabras, la miró tan fijo
Como el astuto gorrión las trampas
Que le arma el cazador. Ella turbada
Baja los ojos y en rubor se enciende,
Y él lo observa y no queda satisfecho.

Van siguiendo un camino ancho y trillado
Que del condado de Limours conduce
Al vasto territorio de otro Conde
llamado Doorm, por sobrenombre «el Toro».
Iba delante Enid; una vez vuelve
La mirada hacia atrás, y ve más cerca,
Mucho más que la víspera, a su esposo,
Y dulce alivio a su congoja siente.
Pero bien pronto pasa su consuelo;
Pues él le hace entender con brusca seña
Que ande y que no mire.

Le obedece

Enid y sigue sin mirar andando.
A poco, cuando el sol en el rocío
Aún bañaba sus rayos, a su espalda
Oye un tropel de gentes y caballos
Y se vuelve, y ve polvo, y entre el polvo
Brillar hierros de lanzas. Quiere entonces
No faltar al mandato de su esposo
Y sin embargo darle aviso, viendo
Que él sigue andando cual si nada oyera:
Y se le ocurre levantar el dedo
Y señalar atrás la polvareda.
Se alegra el obstinado al ver cumplida
La letra de su orden, y el caballo
Revolviendo, se para.

Como un rayo

De tempestuosa nube desprendido,
Sobre un negro corcel tendido a escape,
Llega Limours furioso y descompuesto,
Y dando un grito, al Príncipe acomete.
Gerant cierra con él y de la silla

Le saca en alto, y por la grupa a un trecho
Del largo de su lanza y de su brazo,
Le arroja o muerto o atontado. Embiste
Al que viene después y le derriba
De un sólo bote y luego a la canalla
Tan rápido acomete y con tal brío
Que aquellos viles espantados huyen.



Como en claro remanso se desliza
Sobre la arena descuidada banda
De pececillos, y si un hombre acaso
En el borde sentado, al sol extiende
La mano y da la sombra allá en el fondo,
Se dispersa la banda y ni una aleta
Se ve bullir; así se dispersaron
Del Conde los alegres camaradas,
Dejándole en el campo. ¡Tan segura
Es la amistad que se cimenta en vicios!
También de los caídos los corceles
Bufando huyeron con la turba. Al verlos
Gerant se sonrió, como sonríe
Breve rayo de sol en la tormenta;
Y dijo: —«¡Todos, hombres y caballos...
Todos huyeron! ¡desleales todos!...
No nos quedó ni un casco. Si ayer pude,
Como un hombre de bien pagar mi costa
Con armas y caballos ¿qué haré ahora?
No he de robar, ni he de pedir limosna.
Decid vos qué os parece. ¿Desnudamos
A vuestro amante de su arnés? ¿Podría
Vuestro buen palafrén sufrir su peso?
¿No?... ¡Bien! ¡Sois tan mirada! pues ahora
Pedid a Dios que pronto tropecemos
Con jinetes de Doorm; que también quiero
Ser como vos, mirado y comedido».
Dijo y calló; y Enid llena de angustia,
Nada responde y el camino sigue.

Mas como un hombre que en lejana tierra
Grande pérdida sufre y no lo sabe
Y luego se lo dicen y su pena
Es tal que a punto de morir le pone;

Así a Gerant sucede. En el encuentro
Con el primero que a Limours seguía,
Salió herido y por bajo de la cota,
Va dando sangre; pero no se cura
Apenas de ello, ni a su Enid lo dice,
Hasta que al fin la pérdida de sangre
Es tanta que la vista se le turba
Y oscila su cabeza y a un recodo
Rápido del camino, sobre un margen
De espesa yerba por fortuna lleno,
Sin un quejido, del caballo cae.

Oye Enid el fracaso de las armas;
Se vuelve y ve en el suelo a su marido;
Se arroja a él, su yelmo desenlaza,
Desabrocha su arnés, busca la herida,
La venda con su velo, al sol dejando
Su delicado rostro descubierto,
Y su mano no tiembla, ni sus ojos
De lágrimas se enturbian; la sostiene
El ansia de acorrer a su adorado.
Pero hecho todo cuanto hacer podía,
Aquella fuerza la abandona: el peso
De su cruel desolación la abruma;
Y sentada en la margen, sosteniendo
La insensible cabeza del herido,
Dio al llanto rienda suelta.



Van pasando
Muchos: pero ninguno le hace caso;
Que en aquel tiempo de feroz desorden,
Una mujer llorando a su marido
De mano airada muerto, se veía
Como quien ve llover.

Uno, un labriego.
Del fiero Doorm por víctima le toma
Y ni siquiera a demostrar se atreve
Peligrosa piedad.

Otro, un soldado
Que lleva una misión del mismo Conde,
Y medio canta y medio silba un canto,
Pasa corriendo y levantando el polvo
Que a ella le da en la vista.

Viene huyendo
Otro del Conde, y su terror es tanto,
Que oye zumbar imaginarias flechas,
Y sin mirar, ni oír, corre exhalado,
Y hace estrépito tal en su carrera,
Que el palafrén de Enid relincha, y salta
Y escapa y en la selva desaparece.
Bien diverso, en verdad, del generoso
Corcel que, al lado de su dueño, inmóvil
Estaba, triste como un hombre.

En punto
De medio día, el conde Doorm, con su ancha
Cara y su barba roja, revolviendo
Su ojo rapaz, a una excursion salía,
Con cien jinetes por aquel camino,
Y al ver a Enid, le grita desde lejos
Con recia voz como quien llama a un barco:

—«¡Hola! ¿está muerto?».

—«No, responde al punto
Enid; no, no está muerto. Socorredle;
Quitadle de este sol. ¡Por Dios! quitadle:
Porque está vivo aún, lo sé de cierto».

—«Pues si está vivo ¿a qué plañirle tanto?
No hiciera más un niño, dice el Conde;
Y si está muerto, es necedad llorarle,
Pues no ha de revivir con vuestro llanto.
Y ello es que con llorar tan neciamente
Estáis ajando vuestro lindo rostro.
Pero en fin, ¡sois tan linda!... ¡Aquí, muchachos!
Dice vuelto a los suyos: a este hombre
Coged, y conducidle a mi Palacio.
Si vive, tendrá plaza en mi mesnada;
Y si se muere, siempre en nuestra tierra
Hay plaza para un muerto. Ese caballo,
Que es hermoso en verdad, también llevaos».
Dice y sigue adelante: pero deja,
A que cumplan su orden, dos forzudos
Hombres de armas que de mal talante
Se acercaron gruñendo. Como el perro
A quien chicuelos en la calle inquietan,
Mientras está royendo un hueso, y teme
Perder su presa y mira de reojo,
Y aprieta el hueso con la pata y gruñe:
Así aquellos rufianes renegaban
De no seguir en su jornada al Conde
Y perder su botín, y todo ello
Por un pícaro muerto. Mas con todo
Le recogen y en unas angarillas,
Que a precaución llevaban por si alguno
De ellos caía en el combate herido;

Sobre su grande escudo le acomodan
Y echan a andar. Los sigue Enid, y el noble
Corcel va en pos sin que le lleve nadie.
Llegan así al Palacio; en un escaño
De un desnudo salón, aquellos hombres,
Que de hombres sólo la figura tienen,
De golpe tiran al que muerto dicen;
Y por ver si aún alcanzan a los otros,
Se van aprisa maldiciendo al muerto,
Y al Conde y al diablo y a sus propias
Almas, y a la bonita Damisela,
Causa de su fastidio y su retraso.
Y fuera igual si en vez de maldecirla
La hubieran bendecido; sorda y ciega
A todo estaba la infelice.

Al cabo

De largas horas en su acuerdo vuelve
Gerant, y siente que su tierna esposa
Sostiene su cabeza y le calienta
Las frías manos, y con voz suave
Le llama por su nombre, y llanto amargo
Derrama sobre él. Mas él no abre
Los ojos ni se mueve; y aunque piensa:
«¡Este llanto es por mí!» quiere probarla
Hasta el extremo, y como muerto, sigue
Inmóvil: pero piensa allá en su pecho:
—«¡Este llanto es por mí!».

Casi de noche,

El conde Doorm de su excursion regresa,
Cargado de botín. Con insolente
Algazara le siguen sus soldados
Que entran con él en el salón; arriman

A la pared las lanzas, van echando
A un lado en un montón mil y mil cosas
En la excursion robadas, y se quitan
Guanteletes y yelmos. Por las puertas
Del salon entre tanto, revolaban
Como queriendo entrar, y no queriendo,
Una gárrula turba de mujeres
De mala traza y chocarrero traje.
Ellos las ven, las llaman y se mezclan
Todos en el salón.

Alegre el Conde

En una mesa con el duro pomo
De su puñal golpea, y carne y vino
Pide para sus gentes.

Sus criados

Paran mesas al punto, y medias vacas,
Cerdos enteros y abundante vino
En ellas sirven, y el salón se llena
Del caliente vapor de la comida.
Todos se sientan, hombres y mujeres,
Y trinchan y devoran, y no hablan
Ni una palabra; se les oye sólo
Mascar y resollar, como si fueran
Bestias salvajes.

Más y más, en tanto,

La pobre Enid en sí se recogía,
Para no ver de aquellos desalmados
La suciedad y bárbaros modales.

Comió y bebió como el que más el Conde,
Y así que estuvo harto, vuelve en torno
Los ojos vinolentos, y repara
En un rincón a Enid. Hace memoria
Entonces de ella, y siente un atractivo

Que hacia ella le arrastra, y va, y le dice:
—«Comed: estáis muriéndoos; nunca he visto
Palidez cual la vuestra. ¡Por Dios Padre!
Que de veros llorar me vuelvo loco.
Comed. Mirad por vos. Afortunado
Ha sido vuestro hombre, pues si fuera
Yo el muerto, ¿quién había ni una lágrima
De derramar por mí?... Jamás he visto
Tanta ternura y tal belleza; os falta
Un poco sólo del color que os roba
Vuestro pesar, para que no merezca
La mejor de mis damas, en sus manos,
Como guantes calzar vuestras chinelas.
Pero atendedme bien: estoy dispuesto,
Si vos queréis, a lo que nunca quise;
A partir mi poder y mi condado
Con vos, y viviremos como viven
En su nido dos aves, y tributo
Os pagarán los Condes comarcanos,
Que yo los venzo a todos».

Así dijo;
Y de asombro al oírle, suspendidos
Sus brutales soldados se quedaban
Sin tragar el bocado, unos a otros
Atónitos mirándose. Entre ellos
Hubo personas de perversas almas
Por la antigua serpiente corrompidas,
Como las hojas que el gusano roe
Y vuelve cieno con su inmunda baba,
Las cuales murmuraron al oído
Unas de otras tan horrible cosa,
Que es imposible repetirla... ¡Y eran
Mujeres... o mujeres parecían!

Y que de envidia venenosa llenas
Habrían ayudado torpemente
A ultrajar a aquel ángel, que, inclinada
La doliente cabeza, y sin curarse
De tales fieras, respondía al Conde
—«Señor: ¡dejadme por piedad, os ruego,
Mientras él esté así!». Tan débil era
Su blando acento, que el grosero oído
Del Conde apenas percibirle pudo;
Pero él tomó por expresión de gracias
La respuesta no oída, y satisfecho
De sí mismo, añadió: —«Comed ahora
Y estad alegre: os cuento ya por mía».

Y Enid, con gran dulzura: —«¿Cómo puedo
Estar alegre, dice, mientras yazga
Como veis mi Señor, y no me mire?».
No la deja seguir el fiero Conde;
A la fuerza la coge, y en la mesa
La hace sentar; le acerca un plato y dice:
—«¡Comed!». —Y ella murmura: —«No, no como
Mientras no coma él». —«Entonces bebe,
Exclama el Conde, y le presenta un cuenco
De asta de toro, rebosando vino:
Muchas veces yo mismo, cuando vengo
Del calor o el combate sofocado,
¡Por Cristo! si no bebo, no me pasa
Ni un bocado las fauces. Bebe, y pronto
Cambiará tus propósitos el vino».

—«No, no bebo, replica la afligida
Enid, si mi Señor no se levanta,
Y me manda que beba, y él conmigo
Bebe también; y si él no se levanta,

No he de gustar, hasta morir, el vino».

Encendido, al oírla, como un ascua,
Se pone el Conde Doorm: con desiguales
Pasos cruza la sala una vez y otra,
Y se muerde los labios, ya el de arriba
Ya el de abajo. Se para de repente
Muy cerca de ella, y dice: —«Mis ofertas,
Insensata, desprecias, y te obstinas
En no comer y en no beber, y todo
Por ese hombre, de tu amor indigno,
Pues te expone al ludibrio y la vergüenza
Vistiéndote de harapos... Asombrado
Estoy de ver que a mi querer resistes,
Y te respeto aún... Mas, ¡guarte, guarte!
Y confiada en mi bondad no extremes
Tu terquedad. Por complacerme, al menos,
Deja ese traje vil de pordiosera:
Lo hermoso ha de vestir hermosamente;
Y así ves estas damas cuán lujosas,
Cuán adecuadas visten a mi idea
De que lo hermoso vista hermosamente.
Ven, pues: toma estas ropas...; obedece».

Dijo así, y a su orden una dama
Desplegaba riquísimo vestido,
Obra preciada de extranjera industria,
En que el azul tornasolaba en verde
Como el mar en la playa, y por delante
De más piedras preciosas adornado,
Que gotas vierte el alba de rocío
Tras de noche otoñal de blanda niebla.

Pero Enid, muy más firme que un tirano
Que el apogeo del poder gozando

Resiste a todo ruego, así responde:

—«Con este traje vil la vez primera
Mi adorado Señor me vio en mi casa.
Con este traje me llevó a la Corte,
Donde la Reina, con sus propias manos,
Me vistió como un sol para mi boda.
Con este traje me ordenó vestirme
Al salir en mal hora a esta demanda
De honra en que la honra no se encuentra.
Y si él no se levanta de ese escaño
Y me ordena mudar mis pobres ropas,
Así vestida me hallará la muerte.
Ved mi pena, Señor, y sed piadoso.
Yo nunca amé, ni puedo amar a nadie
Sino a él; sed conmigo generoso:
Os lo ruego por Dios: por Dios, dejadme».

Hacia abajo, hacia arriba, a largos pasos
Cruza la sala el Conde, y bufa, y muerde
Su roja barba, hasta que al fin se para
Delante de ella y dice duramente:
—«Lo veo ya: es lo mismo ser contigo
Cortés o descortés».

Y así diciendo
Con la extendida mano en la mejilla,
Faltando a toda ley de caballero,
La hiere levemente.

—«Tal no haría,
Piensa Enid aterrada, si seguro
De que es muerto mi esposo, no estuviera».
Y lanza breve, penetrante grito,
Como el ave cogida en lazo estrecho,
Al ver venir al cazador.

La oye

Gerant, y coge su terrible espada,
Que a par suyo yacía, y dando un salto
Un revés tira y a cercén divide
La cabeza de Doorm, que por el suelo
Rodando fue gran trecho.



Así a las manos
Del que tuvo por muerto, murió el Conde.
Y la turba de gente desalmada
Que llenaba el salón, al ver al muerto
Levantarse de pronto y con tal furia
La espada revolver, huyeron todos
De pánico terror sobrecojidos.

Y Gerant, solo con Enid quedando,
Le dice: —«Enid, mi dulce Enid, he sido
Peor con vos que ese villano Conde
Que acabo de matar. Pero la pena
Que hemos sufrido a vuestro amor me vuelve;
Y antes he de morir que la más leve
Duda sentir de vos: y por la injusta
Que he abrigado me impongo este castigo:
Aunque os oí decir la otra mañana:
(Sí; yo os lo oí decir: vos, descuidada,
Me creíais dormido y yo os oía:)
Que no erais fiel; os juro que en la vida
Os he de preguntar por qué llorasteis,
Por qué hablasteis así. Contra vos misma
Os presto a vos entera la fe mía,
Y antes he de morir, que la más leve
Duda otra vez sienta de vos».

Se queda
Como atontada Enid; a lo que oye,
No acierta a responder y sólo dice:
—«Huid; van a volver; vuestro caballo
Abajo está; mi palafrén ha huido».
—«A la grupa vendrás», Gerant replica.
—«Sí, dice Enid, huyamos».

En el patio

Encuentran el corcel, que al conocerlos
Hacia ellos se acerca relinchando.
Le besa Enid la estrella de la frente.
Monta Gerant; le da la mano a ella;
Ella trepa ligera y él se vuelve
Y la besa ternísimo en la boca,
Y ella le ciñe con entrambos brazos,
Y él aguija al corcel, y el generoso
Bruto sale corriendo a campo raso.



Nunca desde que allá, en el Paraíso,
Entre las cuatro fuentes, las primeras
Rosas brotaron; nunca humano pecho
Sintió placer más puro que el que entonces,
En medio del peligro, Enid sentía,
Con ambas manos trémula oprimiendo
El corazón de su adorado esposo
Y sintiéndole suyo. No lloraba,
Pero cubría sus hermosos ojos
Una niebla suave, como aquella
Que el seno del Edén humedecía
Antes que la Natura estableciese
De la lluvia el benéfico desorden.
Mas no por eso Enid su vigilancia
Descuida un punto, y pronto ve en la linde
Del territorio del difunto Conde,
Parado un caballero que parece
De la corte del Rey, el cual al verlos
Baja la lanza y a embestir se apresta.
Por la herida y la pérdida de sangre
De su esposo, el encuentro Enid temiendo,
Grita: —«¡Por Dios! No acometáis a un muerto».
—«¡La voz de Enid!» el caballero exclama,
Y Enid le mira y reconoce al punto
A su pariente Edirn, y ansiosa dice:
—«¡Ah! no hagáis mal al que os dejó la vida»;
Y Edirn, llegando alegre a donde estaban
—«¡Oh! Gerant, mi Señor, dice, os saludo
Con respeto y placer; os tomé al pronto
Por un bandido del malvado Conde.
Y vos, Enid, nunca temáis que pueda
Hacer daño al que amáis; pues yo le amo
Como amamos a Dios que nos castiga

Por nuestro bien. Camino del infierno
Iba yo en mi soberbia, y aquel golpe,
Que me rindió a los pies de vuestro esposo,
Me abrió los ojos y salvó mi alma.
De la Tabla Redonda caballero
Hoy me encontráis, y con mensaje vengo
Del Rey al Conde Doorm, a quien en tiempo
En que era yo casi su igual, trataba,
A decirle que al punto a sus secuaces
Despida, y se someta y oiga el juicio
Del Rey que viene en pos».

—«Del Rey de Reyes
A estas horas el juicio habrá sufrido,
Dice Gerant, y desbandados andan
Todos los suyos: vedlos...». —Y le enseña
Esparcidos por cerros y collados
Soldados y mujeres, y en seguida
Le refiere el suceso.

Al escucharle
Edirn, le dice: —«Que vengáis os ruego
Al campamento donde el Rey me aguarda
Y le contéis el caso y los peligros
Que habréis corrido solo en estas tierras».
Gerant se sonrojó, bajó los ojos
Y nada respondió, temiendo verse
Después de su locura en la presencia
Del Rey sin tacha. Pero Edirn añade:
—«Si vos rehusáis el ir a ver a Arturo,
Arturo os vendrá a ver».

—«Basta, responde
Gerant, os sigo».

Y fueron.

Dos temores,

Conforme iban marchando Enid sentía.
El uno a los bandidos que acechando
Parecían estar y rehacerse
Pudieran todavía y embestirlos.
El otro a Edirn; cuando éste su caballo
Acercaba algo más, ella temblaba.
Que si ha habido un incendio, en las cenizas
Siempre tememos que las ascuas queden.

Él lo observó y le dijo: —«Habéis tenido
Hartos motivos de temerme un día,
Hermosa prima; pero estoy mudado,
Y no debéis temer. De mis errores
Fuisteis vos misma la inocente causa.
Me enamoré de vos, y vuestro padre
Y vos me rechazasteis, y tal furia
Con la repulsa se engendró en mi pecho,
Que os hice inmenso mal. Tuve una amante,
La proclamé la bella entre las bellas,
Fundé las justas, me creí invencible,
Y pensaba que un día con el hombre
Que hubierais elegido, a aquellas justas
Iríais, y esperaba derribarle
Y hollarle con mis pies a vuestra vista,
Y matarle, a pesar de vuestro ruego,
Si rogabais por él. Y llegó el día,
Y fuisteis con el hombre que os amaba
Y le visteis vencerme y derribarme,
Y concederme por piedad la vida.
¡Terrible aquello fue! Partí a la corte,
Detestando la vida y discurriendo
Cómo dejarla. Y vi a la Reina: y ella,
Por toda pena, me mandó quedarme.
Y yo, que, sabedor de mi delito,

Esperaba encontrar desprecio altivo,
O lástima ofensiva, vi a la Reina
Con tan dulce reserva, y vi de Arturo
La tierna cortesía, y confundido
Comencé a verme, y conocí mis faltas,
Y hablé a menudo con el santo Dúbric,
Y él me inspiró la noble mansedumbre,
Que, unida a fuerte hombría, forma el hombre.
Muchas veces os vi junto a la Reina;
Pero vos no me visteis, y yo nunca
Os quise hablar, hasta sentirme otro;
Y otro soy en verdad; lo sabe el cielo».

Dijo, y la buena Enid a sus palabras
Entera fe prestó. Todos los buenos
Son crédulos, y aceptan al instante
El bien en sus amigos y enemigos,
Y más en los que más les han dañado.
Cuando al campo llegaron, el Rey mismo
Se avanzó a saludarlos, y a la hermosa
Enid viendo tan pálida, aunque alegre,
Nada le dijo; pero a Edirn aparte
Llamó y habló con él; y luego vuelve,
Y sonriendo blandamente, baja
Del caballo a la dama y en la frente
Con paternal ternura le da un beso.
Le señaló después allí cercana
Una tienda vacía, y en silencio
La estuvo contemplando, mientras ella
Se fue y entró. Y entonces gravemente
Dice el Rey a Gerant:

—«Príncipe, el día
Que pedisteis mi venia para iros

A limpiar de bandidos vuestras Marcas,
Sentí cierto despique, cual si fuera
Culpable de aquel mal, por haber siempre
Visto las cosas por ajenos ojos,
Y obrado siempre por ajenas manos,
Sin usar ni mis manos, ni mis ojos.
Por eso ahora vengo yo en persona,
Con Edirn y con otros caballeros,
A limpiar de malvados estos bosques,
Sentina de mis reinos. Y, decidme,
¿No habéis vos reparado por ventura
En Edirn? ¿No habéis visto su mudanza?
Hasta su mismo rostro ha embellecido
Al mejorar su corazón. El mundo
Cree imposible que un hombre se arrepienta,
Y a la verdad tiene razón. Es raro
Que un hombre tenga voluntad y gracia
Para vencer el vicio de su sangre
Y la fuerza del hábito, limpiando
Su alma y renovando su ser todo.
Edirn, por dicha, la excepción ha sido.
Y yo al verle tan noble y tan valiente,
Tan recto y tan sumiso, le he nombrado
De mi Tabla Redonda caballero.
Porque en verdad es obra su mudanza
Más meritoria, y grande, y provechosa,
Que si algún caballero de los míos
Se entrara sólo en tierra de bandidos,
Y los fuera matando uno por uno,
Y volviera a mi corte mal herido».

Dijo el Rey, y Gerant bajó los ojos
Y sintió que su obra no era grande,
Ni útil, ni meritoria; y a la tienda

Se fue de Enid; y allí acudió al momento
El Físico del Rey a ver su herida.
Y el esmero de Enid, que al lado suyo
Incansable velaba, y el influjo
De su ternura fueron poco a poco
Restableciendo su salud e hinchendo
De amor su pecho y su alma de alegría.

Mientras él se curaba, el Rey «sin tacha».
Recorrió la comarca; vio vendidos
Al dinero o al miedo los Justicias
Que había puesto su padre; los depuso
A todos y nombró gentes probadas.
Y envió mil soldados, que corriendo
Los yermos y las selvas, destruyeron
De los fieros bandidos las guaridas,
Y la vasta comarca en paz dejaron.

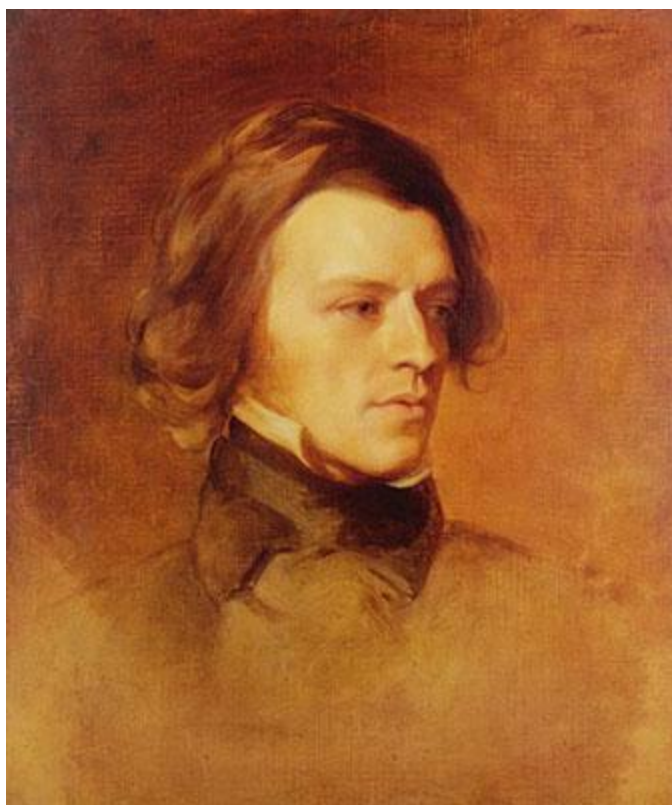
Restablecido el Príncipe, a la corte
Fue con el Rey, y allí la noble Reina
Con gran cariño recibió a su amiga,
Y otra vez la vistió como de boda.
Y Gerant, olvidando los rumores
Que tan penosa alarma le causaron,
Permaneció en la corte muchos días.
Y luego con su esposa y cien jinetes
Volvió a sus Marcas.

Con rigor suave
Allí ejerció su imperio, la justicia
Sosteniendo del Rey, y era el primero
En torneos y justas, y el primero
Siempre en la caza, y le llamaban todos
El hombre de los hombres, el modelo
De Príncipes; y a ella, a quien la corte

Solía apellidar «Enid la hermosa»,
El pueblo agradecido la llamaba
«Enid la buena».

Así por largos años
Vivieron felicísimos; sus salas
Resonaban alegres con los juegos
De un coro de preciosos querubines,
Trasunto de su padre y de su madre.
Y en avanzada edad, su honrosa vida
Coronó al cabo con gloriosa muerte,
El Príncipe, lidiando como un héroe
Delante de su Rey y en su defensa
Del mar del Norte en la fatal jornada.

OceanofPDF.com



ALFRED TENNYSON (Somerset, Reino Unido, 1809 - Poeta británico. Creció en el seno de una familia acomodada que le inculcó el gusto por la lectura, y ya desde joven manifestó sus aptitudes poéticas en unas primeras composiciones a la manera de Pope y Milton.

A los diecinueve años publicó su primer libro de poemas en colaboración con su hermano Charles, *Poemas de dos hermanos* (1823), y al año siguiente ingresó en el Trinity College de Cambridge, donde entró en contacto con una sociedad secreta de gran prestigio, The Apostles, y conoció al que sería su gran amigo, Arthur Hallam, a la memoria del cual escribió uno de sus poemas más famosos, *In memoriam* (1850), considerado su obra maestra.

Su primer libro importante, *Poemas principalmente líricos*, apareció en 1830, y tres años más tarde publicó el segundo, *Poemas*, que no recibió una acogida tan buena por parte de la crítica, a pesar de tratarse de una colección más consistente y lograda, con un mayor dominio de la técnica y

de la construcción mitológica, clásica y medieval, y que da pie a la reflexión moral.

Abatido por este fracaso y por la muerte, ese mismo año, de su amigo Hallan, Tennyson estuvo diez años sin publicar, hasta que en 1942 apareció su tercer libro de *Poemas*, con el que recobró cierto prestigio literario, hecho que lo animó a publicar, en 1847, un largo poema sobre la condición de la mujer moderna, *La princesa*, con el que se consagró como poeta.

Tres años más tarde apareció el ya citado *In memoriam*, tras el cual fue nombrado poeta oficial, con lo que ocupó el sitio que había dejado vacante William Wordsworth. Como tal, escribió la *Oda por la muerte del duque de Wellington* (1852) y *La carga de la brigada ligera*, con el objetivo de cantar las glorias nacionales. Respaldado por esta posición oficial, a la que vendría a añadirse, en 1884, el título de lord, trabajó en la composición de una serie de poemas en prosa sobre el rey Arturo, que culminaría en 1859 con *Los idilios del rey*.

A partir del año 1875, Tennyson pasó a escribir teatro (*Becket*, 1884; *Tiresias*, 1885), aunque sólo algunas de sus obras fueron representadas. La muerte le sorprendió cuando aún estaba corrigiendo su último libro de poemas, *La muerte de Enone* (1892).

OceanofPDF.com